

Usurpacion de los derechos de la Iglesia por parte de los Principes.

432. En los dominios imperiales habíanse hecho ya ensayos para introducir el pretendido « derecho del placet » en los años 1586 y 1641; y ahora se puso en práctica contra la protesta pontificia. En los Estados católicos alemanes la potestad civil se mezcló también con harta frecuencia en los asuntos eclesiásticos, por más que haciéndolo en un principio en interés del mantenimiento de la fe católica no encontró oposición por parte de las autoridades eclesiásticas. Austria y Baviera obtuvieron gran número de indultos pontificios, y en el segundo de estos países se ejercía una severa vigilancia sobre el clero; establecióse, además, en él un consejo religioso, más tarde llamado « Consejo eclesiástico, » del que formaban también parte individuos seculares, aunque en virtud de los concordatos que luego se ajustaron con los Obispos en 1583, 1587 y otros, las plazas se proveían casi exclusivamente en clérigos. Formáronse, además, colegios regionales para los asuntos eclesiásticos, en los que cada día se manifestaba más ostensible el propósito de someter á la Iglesia á la tutela de la potestad civil. Todo esto era consecuencia del Tratado de Westfalia que tan mal parada dejó á la autoridad eclesiástica.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 432.

Respecto del Placet en Austria y Baviera: Papius, en el *Archivo para el Derecho ecles. canon.* 1867 Tom. 18 p. 204. 205. 209 sigs. Friedberg, *Die Grenzen zwischen Staat und Kirche*, Tub. 1872. p. 218-249. 827-836. Dove en la *Revista de Friedberg para el der. canon.* IX p. 400 sigs.; X p. 40 sigs. M. Frhr. v. Freiberg (baron de Fr.), *Pragmat. Gesch. der bayer. Gesetzgebung*, Leipzig 1838. III p. 180 sigs. 375 sigs. Warnkönig, *Die staatsrechtliche Stellung der kath. Kirche in den kath. Ländern des deutschen Reiches*, Erlangen 1855 p. 130 sigs.

OCTAVO PERIODO

Desde la paz de Westfalia hasta la revolucion francesa (1648-1789)

INTRODUCCION.

Después de iniciada de un modo tan brillante la grandiosa reaccion de la antigua Iglesia contra el protestantismo, cuyos progresos contuvo por completo, paralizóse aquel movimiento, apoderándose de los países católicos una indiferencia que dejó recuperar su anterior influjo á las ideas de los innovadores, al amparo del absolutismo político entronizado

por los Principes. Entre tanto el protestantismo desarrolló más y más sus tendencias negativas, produciendo numerosas sectas, á pesar de lo cual dió origen á una gran potencia en el terreno político, fenómeno tanto más extraño cuanto que la negacion de la autoridad en la esfera religiosa invadió muy pronto el dominio de las costumbres, de la política y de la ciencia y abarcó muy luego todos los círculos de la vida. En lugar de la luminosa antorcha de la fe sirven ahora de norma suprema los dudosos principios de la razon individual, y la inconcusa autoridad de los Papas, Concilios y padres de la Iglesia fué sustituida por el efímero y vacilante prestigio de los hombres de Estado, filósofos, filántropos, literatos, y últimamente por una prensa desenfrenada.

En los países protestantes surgen asociaciones secretas que traman en la oscuridad planes peligrosos, aspiran á derribar los altares á la vez que los tronos, y adquieren temible desarrollo con el favor que las dispensan los mismos Principes, que son las primeras victimas de sus tenebrosas maquinaciones. De esta manera se forma una verdadera conjuración anticristiana que celebra sus triunfos en la literatura y en todas las esferas de la vida, arranca á la Iglesia uno tras otro todos sus baluartes, ensaña principalmente sus iras contra la insigne Compañía de Jesus, aherroja y humilla, de todos los modos imaginables, á la Sede Apostólica, y en toda esta maquiavélica empresa se vale de los Principes como de inconscientes instrumentos para despues humillarlos á su vez y derribarlos. El anterior periodo cierra en la protestante Inglaterra con la revolucion y el regicidio; al terminar el que vamos á estudiar percíbense en la católica Francia las precursoras señales del monstruoso engendro que cuenta entre sus horrores el degüello de sus Monarcas y de sus sacerdotes.

Tres grandes Comuniones eclesiásticas se disputan la palma en este periodo: la única verdadera Iglesia católica, la griega cismática en Rusia y Turquía y la protestante, fraccionada en innumerables grupos que forman una amalgama heterogénea de comuniones y sectas. En todo este tiempo no cesan de robustecer su poder la protestante Inglaterra, que impone durísima servidumbre á Irlanda, se engrandece á costa de importantes posesiones ultramarinas que arrebató á Portugal y á España y en sus propias Colonias amenaza la vida del catolicismo, y la cismática Rusia que, no satisfecha con ensanchar sus dominios por Oriente, los acrecienta por Occidente, sacrificando á su desmesurada ambicion el católico reino de Polonia. En Alemania, que ofrece un conjunto abigarrado de países católicos, protestantes y mixtos de las dos comuniones, se levanta sobre las ruinas del imperio que camina rápidamente á su destruccion una gran potencia protestante: Prusia.

Desde la paz de Westfalia se establece una marcada tendencia á separar los asuntos políticos de los religiosos; de suerte que en las alianzas y tratados, en las declaraciones de guerra ó ajustes de paz, en la legislación y actos administrativos no se atendía para nada al dogma ni á la Iglesia; los intereses terrenales eran los únicos que guiaban la política de los gabinetes y que servían de norma á las nuevas instituciones y sociedades; la indiferencia en materia de religion se apodera de todas las clases sociales, constituyendo la gran llaga de la sociedad moderna.

Entre tanto desaparecen los últimos restos del feudalismo y dejan de ser la base de la Economía política los bienes del Estado y de la Corona, consistentes unos en feudos, otros en propiedades alodiales; el sistema mercantil se entroniza en todas partes, á consecuencia de lo cual establécese como base de la riqueza el dinero, acumulado mediante la industria y el comercio, regularizado por nuevas leyes económicas.

Siguiendo el ejemplo de Holanda, los Estados de Europa tratan de establecer una relacion favorable al desarrollo de la riqueza nacional, aumentando la exportacion y disminuyendo la importacion, para lo que se crean derechos sobre los artículos importados ó se prohíbe en absoluto su introduccion y se dictan disposiciones para el fomento de la produccion indígena. El goce de momentáneas ventajas hizo perder de vista á los gobiernos, emancipados cada vez más de los Estados, los perjuicios que necesariamente traeria consigo el abandono de los intereses religiosos, base de todo orden social, y la total destruccion de los sólidos fundamentos en que ántes descansaba la Economía política. En el trascurso del siglo xviii viéronse ya en parte los defectos de semejante sistema, que daría origen á una situación social completamente nueva; pero se aplicaron remedios aún más perniciosos que no hicieron más que aumentar el descontento de los oprimidos pueblos.

Los Príncipes se habian emancipado de toda influencia de la Iglesia, y en lugar de aceptar sus enseñanzas benéficas ó sus consejos de reforma, aspiraban á servirse de ella como de dócil instrumento, siguiendo las rebeldes insinuaciones de diferentes escuelas modernas: el galicanismo, febronianismo, josefinismo; del propio modo trataron de suculdir la autoridad represiva de los Estados civiles; pero no tuvieron en cuenta que cuanto más se emancipaban de la potestad eclesiástica, más se exponían á ser juguete de los caprichos de las masas ó de los sediciosos que pretendían representar la autoridad del pueblo, porque el impulso de la libertad, alimentado por una literatura eminentemente revolucionaria, habia echado ya tales raíces en los pueblos que éstos no se satisfacían con ver restablecidos sus antiguos derechos. Habían secu-

larizado las más venerandas instituciones: la legislación y la administracion, la educacion y la enseñanza, los establecimientos benéficos, los bienes de la Iglesia y hasta los asuntos puramente eclesiásticos, por cuyo medio habian profanado su propia Majestad, despojándola de su consagracion religiosa, que era su más sólido fundamento.

La Iglesia así esclavizada, á la que los Reyes erigidos en antipapas privaron de sus derechos y de sus bienes, enajenándola por todos los medios el cariño de los pueblos y someténdola á las más irritantes humillaciones, no tenia ya la suficiente influencia para devolverles su antiguo prestigio; habianse minado las bases de su propia autoridad; un puro humanismo vino á sustituir el antiguo espíritu cristiano, y la filantropía pagana ocupó el lugar de la caridad cristiana; los mismos servidores de la Iglesia se hallaban enervados y envilecidos bajo la deletérea influencia del Estado. De esta manera sucedió que los poderes de la tierra recogieron lo que habian sembrado: la revolucion contra el Estado no fué más que el fruto de la revolucion contra la Iglesia; y el abuso de la « libertad evangélica » dió por resultado lógico el abuso de la « libertad política. » Los pueblos se convirtieron en azotes de sus propios Príncipes, y la revolucion inconsciente se erigió en vengadora de la Iglesia, hollada sin piedad por sus propios hijos; los Príncipes habian maltratado al Papa, usando del derecho de la fuerza bruta y atendiendo únicamente á esta ley pisoteó el populacho á sus soberanos.

Entre tanto los mismos que con sus arbitrariedades habian reducido á la Iglesia á la impotencia, la acusaban ahora de permanecer inactiva, uniendo así á la brutal tiranía el cínico sarcasmo. Pero los acontecimientos la justificaron plenamente y la Providencia la deparó grandes consuelos, porque aún en esta época de turbulencias no la faltaron pastores excelentes y celosos, hombres eminentes en santidad, animosos misioneros y valientes confesores de su doctrina. En medio de tan rudas pruebas mantuvo incólumes los tesoros de la caridad y de la fe, y su fecundidad asombrosa produjo nuevos medios de defensa para sostener los combates con que se la amenazaba.

Los cambios radicales operados en la constitucion de las naciones y en el régimen de los pueblos habian aumentado por modo extremo las dificultades que se oponían al cumplimiento de su mision; los poderes de la tierra la negaban todo apoyo si no la eran por completo hostiles; y al mismo tiempo se disputaban el dominio de los espíritus la filosofía incrédula, el falso y superficial iluminismo, el escepticismo sazornado con la salsa del frívolo sarcasmo, con mil errores que pretendían pasar por baluartes del cristianismo verdadero. En esta lucha gigantesca el número de enemigos secretos igualaba al de adversarios declarados; no

pocos traidores salen de las filas mismas de los ministros del Señor, que, además, estaban divididos y desunidos entre sí. Mas en este proceso de descomposicion manifiéstase de un modo ostensible y brillante la proteccion que Dios dispensa á su Iglesia, y queda una vez más comprobada la incorruptibilidad de que ella sólo goza en la tierra. Dios destronó á los poderosos y rompió sus coronas, en tanto que preparaba nuevos días de gloria á su Iglesia.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LA INTRODUCCION.

Ranke, Röm. Päpste III p. 152 sig. 183. Sobre el sistema mercantil: Joh. Bodin. Andegav., De republ. libri VI. Par. 1586 sig., especialmente el L. VI c. 2. Leo, Univ.-Gesch. Halle, 1840 IV p. 1-8. Von Einem, Versuch einer K.-G. des 18. Jahrh. Leipzig 1776 sigs. 3 vols.—Schlegel, K.-G. des 18. Jahrh. Heilbr. 1784 sigs. 2 vols. y el tomo III publicado por Fraas, Sec. 1., continuation de Mosheim. Schröckh, K.-G. seit der Ref. Tom. 6 sigs. Walch, Neueste Rel.-Gesch. Lemgo 1771-1783. 9 vols., continuada por Planck. Lemgo 1787-1793. 3 vols. Vater, Anbau der neuesten K.-G. Berlin 1820 sigs. 2 tomos. Schlosser, Gesch. des 18. Jahrh. Heidelb. 1836-1842. 3 vols., comprende hasta 1788. Baur, K.-G. des 18. Jahrh. (Obr. compl. IV, p. 476-679). Hagenbach, K.-G. des 18. u. 19. Jahrh. 3.^a ed. Leipzig 1856 2 ptes. F. Ancillon, Tableau des révolutions du système polit. de l'Europe depuis la fin du 15.^e siècle. Berlin 1803 sig. t. 4., vertido por Mann. Berlin 1804 sigs. 3 vols. Acta hist. eccl. Weimar 1736-1758. 24 vols. Nova acta hist. eccl. Ibid. 1758-1773. 12 vols. Acta hist. eccl. nostri temp. Ibid. 1774-1787. 12 vols., y el índice completo ó Repertorium der neuesten K.-G. ib. 1790. Actas, documentos y noticias para la Hist. eccl. mod. Weimar 1789-1793. 5 vols.; contienen tambien materiales: la Revista para la Teol. histor. publ. en Leipzig por Ilgen desde 1832, por Niedner desde 1846 y por Kahnis desde 1866. De escritores católicos tenemos: Huth, Ensayo para una hist. eccl. del siglo XVIII. Angsb. 1807-1809. 2 vols. Robiano, Continuation de l'hist. de l'église de Bérault-Becassat depuis 1721-1890. Paris 1836 t. 1. Capelgue, L'église pendant les quatre derniers siècles t. 2. 3. Henrion, Hist. gén. de l'égl. pendant les quatre derniers siècles t. 2. 3. Rohrbacher, t. 26. 27. Gfrörer, Gesch. des 18. Jahr. hund., edic. de Weiss. Schaffhausen 1862 sigs. César Cantú, Historia Universal, version alemana de Brühl, Tomo 11 sigs.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA IGLESIA CATÓLICA.

I. La Santa Sede y sus luchas.

I. LOS ÚLTIMOS PAPAS DEL SIGLO XVII.

El papa Alejandro VII.

1. A la muerte de Inocencio X se reunió el Cónclave de Cardenales, haciéndose notar la circunstancia de no hallarse presente ninguno de los sobrinos del anterior Pontífice, que siguiendo una costumbre intro-

ducida en el siglo XVI, hubiese podido formar un partido especial con los demás Cardenales promovidos bajo su pontificado. Con ocasion del veto que presentaron el Emperador y los Monarcas de España y Francia, por medio de Cardenales de sus respectivos países, contra la eleccion de determinados individuos, publicáronse varios escritos impugnando ese derecho de exclusiva que jamás se les habia reconocido formalmente. No obstante, al ver que muchos conclavistas dieron sus votos al cardenal Sacchetti, opuso España su veto á la eleccion de este purpurado, lo que hizo despues Francia con Fabio Chigi de Sena; por último, influyó el mismo Sacchetti cerca del cardenal Mazarino para que se retirase el veto, y el 7 de Abril de 1655 resultó elegido Chigi, que tomó el nombre de Alejandro VII. Habia llamado la atencion del Cónclave sobre el cardenal Azzolini, haciendo resaltar sus virtudes y su talento. Su sabiduria, su acendrada piedad y la sencillez de su vida hicieron augurar un feliz pontificado. En un principio los hechos correspondieron á las esperanzas: alejó de Roma á sus sobrinos y adoptó otras saludables disposiciones. Pero respecto del primer punto le hicieron notar algunos la inconveniencia de que los más próximos parientes del Papa viviesen como simples ciudadanos en Sena, donde no habia medio de tributarles los honores que les correspondian; esto podia originar al Pontífice conflictos con Toscana que sólo miraria el hecho como un capricho; y sobre todo un ministro de la familia del Papa inspiraria á los embajadores extranjeros mayor confianza que un extraño, de lo que resultaria no pequeña ventaja para el mejor despacho de los asuntos.

Convencido de la sinceridad de estos consejos, en el Consistorio del 24 de Abril de 1656 presentó Alejandro la cuestion de si seria oportuno y conveniente valerse de sus parientes para el servicio de la Curia romana. Obtenida respuesta afirmativa, diéronse á Mario, hermano del Papa, lucrativos empleos; su hijo Flavio obtuvo el capelo cardenalicio, por más que nunca se dejó dominar por la ambicion ni llegó á ejercer gran influencia; otro sobrino contrajo matrimonio con una dama de la familia Borghese, y hasta Sena, patria del Pontífice, obtuvo importantes privilegios.

Alejandro encomendó la mayor parte de los negocios de Estado á las Congregaciones, particularmente al cardenal Rospigliosi; en las cuestiones de derecho canónico tenia la principal autoridad Cornado, y Pallavicini en las teológicas. De ordinario consagraba el Papa las horas de la mañana al despacho de los asuntos, y las de la tarde al estudio de la literatura, á que era muy aficionado. Pero, en general, en los últimos años de pontificado no demostró la inteligencia y actividad que habia desplegado ántes, particularmente en el cargo de Nuncio apos-

tólico. Hizose notar aún por las grandes construcciones que llevó á cabo; pero éstas, unidas á los considerables dispendios de sus parientes, no hicieron más que agotar los recursos de la hacienda pontificia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO I.

Acera del pretendido derecho de exclusiva publicaron escritos Albico y J. de Luca, citados por Lupoli, Instit. jur. canon. II. 213. Consult. Phillips, K.-R. V § 255. 257, p. 848. 868. Card. Pallavic. Vita di Aless. VII, especialmente el L. II c. 14-18. Ranke, Röm. P. III p. 50 sigs. 460 sigs., se sirvió de un manuscrito de esta obra, que se publicó en Prato el año 1845 y el 1849 en Milan: sobre otras fuentes: Ranke, III p. 467-473. Reumont: Gesch. der Stadt Rom, Tom. III seccion 2; respecto del nepotismo: Civiltà cattolica 1868, VII. 2 p. 397 sig. Las poesías de Alejandro VII: Philomathi labores juveniles 1656 sig. A. Amsterd. 1660.

2. No faltan en el pontificado de Alejandro VII actos dignos de especial memoria. Condenó varias doctrinas heréticas, y se hizo notar en las discusiones teológicas por su moderacion y prudencia, cualidades que le granjearon el respeto de muchos, como de la república veneciana que acató su acuerdo de suprimir la degenerada Congregacion de Canónigos regulares del Espíritu Santo y la « Orden de los Cruzados, » y levantó el destierro á los jesuitas; en cambio el Papa cedió á la república, con destino á la guerra turca, los bienes enclavados dentro de su territorio. En éste como en el anterior período, Francia cometió grandes injusticias con la Sede Apostólica, lo que proporcionó serios disgustos á Alejandro VII.

Muy al contrario sirvióle de consuelo la conversion de la reina Cristina de Suecia á la fe católica. Atraída especialmente por la antigüedad de la Iglesia, por la admirable constancia de sus mártires, por la consoladora doctrina de la infalibilidad y por la pureza del celibato, se dejó de la corona para ingresar en el seno del catolicismo. Invitada por el Romano Pontífice hizo un viaje á Italia, ofreció en Loreto cetro y corona á la Santísima Virgen; y por último, Alejandro VII la hizo un brillante recibimiento en Roma, señalándola una pensión anual. En un principio no abandonó ella su carácter aitanero y tiránico, y aún realizó varias excursiones por Alemania, Francia y hasta por Suecia; pero luego se volvió apacible y dulce y se estableció en Roma, donde gustaba de reunir á los sabios y eruditos cerca de su persona, y fundó una Academia para ejercicios políticos y literarios, que luego sirvió de base á la Arcadia. Cristina falleció el 19 de Abril de 1689, recibiendo cristiana sepultura en la basilica de San Pedro. También volvió entonces al seno de la Iglesia el langrave Ernesto de Hesse-Rheinfels.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 2.

Las proposiciones condenadas por Alej. VII fueron 28 en 1665 y 45 en 1666: Denzinger, Enchirid. p. 317 sig. Du Plessis d'Arg., III. II p. 320-324. Sobre el decret. de attrit. de 1667: Denzinger, p. 322 n. 93. Acerca del acuerdo con Venecia: Ranke, III p. 457-460; sobre la reina Cristina de Suecia: Relazione sopra la regina di Saecia por el P. Casal, de la Compañía de Jesus. Ranke, III p. 463-467, y p. 78 sigs. — Hoj. histór. pol. Tom. 12 p. 20. 65. 141. 235 sigs. Räss, Convertiten VII p. 62 sigs. Acerca del langrave Ernesto ibid. p. 465 sigs.

Clemente IX.

3. El 20 de Junio de 1667 fué elevado al trono pontificio el cardenal Julio Rospigliosi, con el nombre de Clemente IX. Había desempeñado el cargo de Secretario de Estado bajo el anterior pontificado, y era unánime la creencia de que no podía encontrarse un hombre que reuniese mejores cualidades: era modesto, de costumbres intachables, dotado de gran moderacion, y, lo mismo que su predecesor, adornado de vastos conocimientos y de inspiracion poética. No concedió ninguna distincion especial á sus parientes, ni les dió participacion en el gobierno; pero se mostró benigno y generoso con los de su predecesor; tampoco atendió las reclamaciones de su ciudad natal, Pistoya, por considerarlas opuestas al interés comun.

Aunque muy económico en sus gastos personales, era espléndido con los necesitados; dió tambien á los venecianos sumas considerables para la guerra contra los turcos, á pesar de lo cual puso en órden la hacienda pontificia. En 1668 sirvió de mediador entre España y Francia para el arreglo de la paz de Aquisgram, y disuadió á Luis XIV de llevar á la práctica sus vastos planes de conquista. Restableció en Portugal la buena armonía entre la Iglesia y el Estado; dió gran impulso á las misiones extranjeras, prohibiendo á los misioneros ocuparse en negocios mercantiles, y no economizó esfuerzos ni sacrificios para impedir la caída de Creta en poder de los turcos, á pesar de lo cual tuvo el dolor de sobrevivir á tan sensible desgracia, que aceleró su muerte, acacciada el año 1669.

Clemente X.

4. Despues de un interregno de cinco meses subió al solio pontificio el octogenario cardenal Emiliano Altieri, que le ocupa de 1670 á 1676 bajo el nombre de Clemente X. Nació en 1590 y era doctor en 1611; despues de acompañar á Lancelotti en su excursion á Polonia, fué nombrado Obispo de Camerino; Inocencio X le envió de Nuncio á Ná-

poles, Alejandro VII le nombró Secretario de la Congregación de los Obispos y Regulares; y por último, el año anterior á su exaltación recibió de manos de su predecesor el capelo cardenalicio. No teniendo parientes, adoptó por sobrino al cardenal Paoluzzo Paoluzzi.

Los actos más notables de su pontificado fueron las reclamaciones que elevó al gobierno francés contra los desarreglos de su Monarca y la protección que dispensó á Polonia en la lucha contra los turcos. Con este motivo el Czar de Rusia, Alejo Micaílowich, propuso al Papa, por medio de su embajador en Roma, la formación de una liga de las naciones cristianas para contener los progresos de los infieles; pero la conducta provocativa y exigente del diplomático moscovita fué causa de que no se realizase el pensamiento. Merecen asimismo especial mención los trabajos de embellecimiento que realizó en la capital, particularmente en el puente del Santo Angel, en el palacio Altieri y en la plaza de San Pedro, donde levantó una fuente. Si su edad avanzada le impidió desplegar mayor actividad, en cambio se hizo amar de sus vasallos y subordinados por su carácter apacible y su amor á la justicia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 3 Y 4.

Suplementos á la Hist. E. de Natal. Alej. t. II p. 55 sigs. Bower, Historia de los Rom. Pontífices X, 2.^a sección, reformada por Rambach. Elogio de este Pontífice hecho por el embajador veneciano Crimani en 1670: Ranke, III p. 473; y p. 57-60. Amelot de la Houssage, Hist. du Conclave de Clem. X. Par. 1676. C. Arisio, Memorias sobre la vida de Clem. X. Roma 1863. Ranke, III p. 477 sigs.; donde se encuentran asimismo Memorias de Carlos Cartaet, relaciones de Mocenigo de Venecia, de Rozzani de Milan y otros. Sobre este pontificado y los inmediatos véase: Guarnacci, Vitae et res gest. Rom. Pontif. et Cardin. a Clemente X. usque ad Clem. XI. Rom. 1751 sig. t. 2. A. Sandini, Vitae Rom. Pontif. ex ant. monum. coll. Patav. 1739. Bamb. 1753. Piatti, Storia critico-cronol. dei Rom. Pontif., que comprende hasta Clem. XIII. Napoles 1763-1770. Bower, l. c. Gröne, Gesch. der P. II p. 410 sigs. Haas, Gesch. der P. p. 608 sigs.

Inocencio XI.

5. El 21 de Setiembre de 1676 ciñó la tiara pontificia el cardenal Benedicto Odescalchi, oriundo de Como, con el nombre de Inocencio XI. Enemigo del nepotismo y celoso en el cumplimiento de sus deberes, miraba como precioso tesoro el buen nombre del clero, poniendo solicitud cuidada en la elección de personas para los cargos eclesiásticos; dictó muchas y oportunas disposiciones inspiradas en ese criterio; mejoró el estado de la hacienda pontificia y corrigió no pocos abusos, oponiéndose resueltamente á que las moradas de los embajadores extranjeros sirviesen de asilo á toda clase de malhechores, lo que dió origen á

nuevas complicaciones con el orgulloso Luis XIV de Francia. Pero Inocencio XI se mantuvo firme y no cedió aún ante las intimaciones del altanero Monarca, que le amenazó con producir un cisma; la opinión pública estaba de parte del Romano Pontífice, que tenía puesta su confianza en la divina providencia. El pueblo romano le veneraba como á un santo, y los mismos Principes protestantes le miraban con respeto.

Con el mismo celo defendió la pureza del dogma, condenando gran número de opiniones erróneas; los orientales enviáronle declaraciones de sumisión y obediencia; hizo florecer extraordinariamente las misiones y opuso también poderoso dique á la invasión turca. La brillante victoria alcanzada por Montecuculi en 1644 detuvo los progresos del gran enemigo de la cristiandad; mas en 1682 emprendió el gran visir Kara Mustafá nuevas expediciones, y al año siguiente amenazaban las tropas turcas á Viena. Pero el heroísmo de Juan Sobiesky, Rey de Polonia, auxiliado por el conde Rüdiger de Stalremberg y el Principe elector de Sajonia Juan Jorge III, salvó tan importante población. Con plena conciencia de su altísima misión en la tierra hizo Inocencio XI una vida de santidad y penitencia, y murió tan ejemplarmente como había vivido, llorado por toda la cristiandad, el 10 de Agosto de 1689.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 5.

Notizie biografiche e lettere di P. Innoc. XI. public. da Giuseppe Colombo. Torino 1878. Vita d'Innoc. XI. Ven. 1694. 4. Bonamici, De vita Innoc. XI. Rom. 1776, version alemana en Francf. y Leipzig 1791. Ranke, III p. 162 sigs. 167 sigs. 486 sigs. Gérin, Innoc. XI. et la révolution angl. de 1688. Par. 1877. Propriab Innoc. XI. damn. Mart. 1679 (65), Nov. id. (2): Denzinger, Enchir. p. 323 sig. n. 94. Decret. S. Offic. 1682 ib. p. 332 n. 96. Respecto de la guerra turca: Raumer, Hist. Taschenbuch 1848, año 9 p. 221 sigs. El proceso de beatificación de Inocencio fué incoado bajo el pontificado de Clemente XI. Decreto del 4 de Agosto de 1744 Suppl. ad Natal. Alex., t. II p. 155.

Alejandro VIII.—Inocencio XII.

6. Sucedióle el cardenal Pedro Ottoboni de Venecia, que adoptó el nombre de Alejandro VIII. Durante su corto pontificado realizó algunos actos de importancia: disminuyó la deuda de los Estados pontificios, mandó adquirir para el Vaticano la biblioteca de la difunta reina Cristina de Suecia, dió á su ciudad natal importantes subsidios para la guerra contra los turcos, condenó varias proposiciones erróneas, y en general gobernó la Iglesia con tal acierto, que la misma Francia depuso su actitud exigente, y tras las oportunas negociaciones dió algunas satisfacciones á la Sede Apostólica. Achácasele únicamente el defecto de